

gar el cuello, para averiguar la causa de aquel rumor, al fin se atrevió a saltar cautelosamente de la cama y a aplicar la cara, toda hecha ojos, a la rendija de las cortinas.

¡Santo cielo, lo que vió! Había para morir: había al menos, y no sé cuál es peor, para renegar de la vida. Una persona, en cuyo magestuoso contorno Luis reconoció pronto el de su madre, iba sacando cosas de una gran cesta que la criada vieja sostenía con ambas manos. Después, cubriéndose la boca con una punta de la toquilla, la señora iba sacando todo aquello al balcón y colocándolo en el suelo....

¡Al balcón, donde él y su hermana habían dejado sus zapatos!

En el rostro soñoliento del pobre Luis se pintó el asombro, casi el terror.... ¿Conque no eran los Reyes? ¿Conque los adorados soberanos, en cuya largueza él creía a puño

cerrado, eran unos impostores que se daban tono a costa del bolsillo de su madre? ¿Conque no venían a media noche, uno negro y dos blancos, ni cabalgaban por los aires, ni tenían tal almacén de juguetes?... ¡Oh rabia!

Y Luisito se volvió a la cama, a ocultar su vergüenza entre las sábanas y—¿lo diré, Dios santo?—a llorar, a llorar aquella ilusión desvanecida.

Hasta que al cabo de un rato pensó que todavía, en medio de sus tristezas, le reservaba el destino su dedada de miel, el último goce: contar el chasco a su hermana, despertarla en aquel mismo instante; para privarla de aquella ilusión tan acariciada. ¡Oh niño precoz, capaz ya de toda la generosidad de un hombre!

Llamó, pues, en voz baja:—¡Carmen!

—Y la niña contestó en seguida. No dormía.

—Calla,—dijo a su hermano—que te van a sentir.

—¿Quiénes? ¿Los Reyes?—preguntó él con un terrible tono de ironía.

—No, hombre; mamá, que está sacando los juguetes.

Aquello era ya demasiado. ¡Carmen sabía que los juguetes no venían de manos de los Reyes! ¡Es decir que él era tonto, tonto de remate, puesto que su hermana, que tenía un año menos que él y estudiaba en una Geografía de cuatro páginas, encontraba muy natural que los regalos aquellos se compraran en la tienda!

—¿Pero tú lo sabías?

—preguntó a Carmen estupefacto.

—Ya hace dos años,

—¡Y no decías nada!

—Tonto ¿no ves que entonces no nos hubieran vuelto a poner juguetes?

Luis calló, asombrado de tanta sabiduría. Pasados unos momentos, expresó de este modo la

síntesis de sus pensamientos:

—Yo no vuelvo a creer nada de lo que me digan.

Casi al mismo tiempo exclamaba ella:

—¡Qué buena es mamá! ¿Verdad, Luis?

He aquí cómo un mismo suceso puede dar origen a bien distintos comentarios.

Y, pensando en lo buena que era su madre, comenzaba a dormirse plácidamente la niña, en tanto que Luis, luchando también con el sueño, murmuraba entre dientes:

—¡Los Reyes!... ¡Buenos están los Reyes!... Oye, Carmen: yo soy republicano. ¿Y tú?

—Vaya,—dijo Carmen,—calla y déjame dormir. Verás mañana qué rico caballo te ha traído Melchorcito....



R12